

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1557

Valores y giros a A. Barrera

La internacional de los calumniadores. Cómo se combate al anarquismo

No hay duda que el espionaje, en beneficio de un partido político sedicente revolucionario, está internacionalmente organizado. Después de 1917 el centro de gravedad del movimiento marxista, se trasladó a Moscú, siendo la Tercera Internacional la cabeza directriz de una campaña tendiente a copar las organizaciones políticas y económicas del proletariado que podían ofrecer al bolcheviquismo un punto de apoyo fuera de Rusia.

La palabra de orden de Moscú fué: "escisión en los partidos socialistas y guerra a muerte a los viejos líderes del reformismo social-demócrata" Y la lucha se inició por la dirección de los partidos y la conquista de las masas proletarias, en un momento en que los comunistas rusos podían ofrecer, como suyo, el ejemplo de una revolución triunfante...

Pero el triunfo bolcheviqui, en los medios obreros de Europa y América, — principalmente en los países latinos — no podía ser completo mientras los anarquistas conservaran su prevalencia en el movimiento sindical y se mantuvieran firmes en sus puestos de lucha y en su intransigencia doctrinaria. Se necesitaba, pues, un instrumento económico para llevar la guerra al anarquismo en el plano de sus actividades sociales y un arma política para desarmar la intransigencia de unos y debilitar la posición de otros.

Losovsky, hábil politiquero perteneciente al grupo de audaces apoderados del gobierno "revolucionario" de Rusia después del golpe de Estado de 1917, fué encargado de la misión de "conquistar" a los sindicalistas y anarquistas para la causa bolcheviqui. En su circular al proletariado sindicalmente organizado, después de llevar un ataque a la Internacional de Amsterdam y a los jefes del reformismo europeo, planteó la necesidad de la Internacional sindicalista revolucionaria que, agrupando a todas las organizaciones de carácter subversivo y libertario, formará la vanguardia de la revolución en Europa y América. Y la Sindical Roja se improvisó, en el congreso convocado en Moscú por la Tercera Internacional, con el propósito de plantear al proletariado las cuestiones inmediatas y urgentes de la revolución que se creía inevitable en todo el mundo capitalista.

El primer golpe había sido asestado al anarquismo, substraendo a su influencia a las organizaciones prole-

TACTICA REVOLUCIONARIA



Hacia la dictadura proletaria...

tarias que habían hecho doctrina del antiestatalismo y la acción antipolítica como elemento primordial para desterrar de la clase obrera la creencia en las revoluciones a base de cambios de gobierno y de reformas en el armatoste estatal. Pero la reacción se produjo bien pronto en las filas anarquistas, y la ruptura con Moscú se hizo inevitable. Y es entonces que los emisarios del par-

tido comunista, los apóstatas ganados para la causa bolcheviqui y todos los "conversos" a la doctrina dictatorial infiltrada en el movimiento obrero, ponen en juego sus armas viles y recurren a todos los medios para asegurarse en las posiciones que tomaron por sorpresa.

La Internacional de los calumniadores, tomando la ofensiva contra el anarquismo, destacó un ejército de

agentes, espías y "conversos" en las filas anarquistas, que se encargaron de sembrar la cizaña y la confusión en todas partes, improvisando las teorías más curiosas y las paradojas más abracadabrantas para valorizar su anarquismo de dictadura y de Estado. Y cuando la confusión doctrinaria, el intríngulis ideológico y el disparate histórico no llenaban el cometido que esos elementos perse-

guían, recurrieron a la calumnia, fraguaron complots infames y tendieron emboscadas a los compañeros que no podían permitir que tan villanamente se emporcaran las fuentes cristalinas de la filosofía anarquista.

En todas partes, con caracteres más o menos semejantes, se produjo el mismo batiburrillo confusionista. Y tanto en Europa como en América, de nuestro campo surgieron los "innovadores" que predicaron la necesidad de la dictadura para llegar a la realización de los postulados libertarios del anarquismo. Y, como respondiendo a un conjuro, aparecieron en escena los personajes de un trágico-cómico sainete cuyo epílogo no tardará en producirse.

Al igual que en la Argentina, tienen en todas partes, en Europa y América, sus fechorías los miembros de la Internacional de los calumniadores. En todas partes, a espaldas de la organización, se hicieron chanchullos y componendas con los agentes bolcheviquis, y el caso de nuestros "convertos" — los personajes que intervinieron en el "affaire" internacional y llevaron la F. O. R. A. a Moscú, — se debe haber repetido en todas las organizaciones influenciadas por los anarquistas.

Que el sistema confusionista empleado por los renegados y traidores para entregar a la F. O. R. A. en manos de los agentes "comunistas", responde a un plan de ataque internacional contra los anarquistas lo demuestran todos los antecedentes de las actividades bolcheviquis en los medios obreros de Europa y de América. Pero quizás en ninguna parte hayan llegado esos espías y confidentes al servicio de Moscú, a poner en práctica los medios infames de que se valieron ultimamente los elementos policiales que responden al vividor García Thomas.

El recurso de fraguar una carta y atribuirla a un compañero conocido en la propaganda y responsable por su actuación de veinte años en las filas anarquistas, no lo habían empleado; hasta ahora, que separamos, los agentes de Moscú. Pero como nuestros bolchevizantes, además de estar al servicio de la Internacional de los calumniadores, sirven a la policía y a la burguesía argentina, no puede admirarnos que tan canallescamente pretendan combatirlos.

Lo curioso de todo este episodio es que, los agentes responsables de Moscú, los que explotan la sucursal argentina de la Tercera Internacional — se valen de las armas de esos policíacos y confidentes para mantener la guerra al anarquismo, creyendo que así conseguirán salir de su insignificancia partidista. Mas, ¡lograrán con ello confundir al proletariado consciente del país y favorecer a su partido a costa de nuestro desprestigio!

Como en los finales de comedia, el documento "descubierto" por el secretario de la U. S. A. y exhibido en las pueras columnas del órgano bolcheviqui, hizo mutis cuando menos se esperaba. El "documento" acusador, se dice, fué "robado" de las oficinas de la U. S. A. Y está descontado que no aparecerá el ladrón ni los rastros de la fraguada carta.

LOS CAUCES DE LA REVOLUCION

No queremos que se considere al hombre como un mero instrumento de la naturaleza, sin voluntad ni capacidad de autodeterminación, no queremos que se configure su espíritu en un fatalismo musulmán, que se haga de él un juguete que mueven y determinan en absoluto las circunstancias, que se le abuelva de toda culpa y de todo esfuerzo con la teoría del determinismo, no queremos que se le prive de lo que en él hay de humano y de la libertad de obrar y de crear las condiciones de su propia vida, de su voluntad y de su inteligencia. Pero si no queremos esto, tampoco queremos el antropomorfismo primitivista, que hace al hombre centro de la creación, de todo cuanto existe y afirma más o menos que sin el hombre no existiría el universo, como el gallo de Rostand que se imaginaba que no saldría el sol si él no cantara. No queremos ni que el centro esté fuera del hombre ni que esté en el hombre; hay que tener la suficiente objetividad para apreciar la influencia de las circunstancias y bastante espíritu objetivo para no desconocer la eficiencia humana sobre el medio. Es verdad que el hombre sufre la determinación del ambiente, pero también lo es que el ambiente es condicionado por el hombre. Si nos encerramos en una interpretación exclusivista haremos teorías más o menos ingeniosas, pero absolutamente erróneas y caprichosas.

Examinemos nuestra posición revolucionaria. ¿Es el río el que abre el lecho o es, al contrario, el lecho el que hace al río? No desconocemos en absoluto el factor económico marxista en el desenvolvimiento de las revoluciones, pero no dependemos de él ni ciframos todas nuestras posibilidades de acción en el mayor o menor influjo de ese factor; en todas las condiciones económicas, exista o no gran industria, agricultura industrializada o primitiva, nosotros somos revolucionarios y confiamos en la revolución, porque según nuestra opinión el gran problema social no se reduce a la cuestión económica, sino que ante todo es un problema de libertad y de justicia. Es decir, sin desconocer los estimulantes que una revolución pueda recibir de las circunstancias, tenemos la convicción de que sin nuestra voluntad, de que sin nosotros el curso de la revolución no podría ser determinado. No negamos que hay cambios sociales que se verifican sin que las mismas masas se den cuenta del proceso de la transformación, pero una revolución que habrá de despojar a los poseedores, que habrá de nivelar las condiciones sociales de la vida, que habrá de instaurar un mundo nuevo de relaciones y de perspectivas no puede llevarse a cabo sin la voluntad revolucionaria, sin los idealismos reacios a domeñarse ante el medio y que pretenden imponer al medio su contenido de realización. En una palabra, una revolución es ante todo un esfuerzo consciente para transformar el ambiente de acuerdo a ciertas nociones de valores morales superiores a los prestigiosos, adoptados, cotizados por el ambiente mismo.

Esto no nos autoriza a caer en el antropomorfismo. Si es el factor humano lo esencial en una transformación honda de las condiciones sociales de los hombres, no es el único; en un sentido revolucionario pueden actuar en el hombre un gran número de fuerzas que lejos de dominar lo dominan.

En líneas generales los anarquistas oponen al materialismo histórico como factor revolucionario la voluntad humana; el primero niega al hombre o lo reduce a límites casi insignificantes; el segundo hace la operación inversa, concede al hombre la misión capital en una transformación de la estructura social y reduce las condiciones económicas externas a términos más modestos. Una consecuencia lógica con esta teoría serían las conclusiones siguientes: según el materialismo histórico es la fuerza del río que cava el lecho; según nosotros es el lecho el que determina el río. Las ciencias naturales nos podrían dar en su riqueza in-

gotable de experiencias hechos numerosos en apoyo de cada una de las dos conclusiones. Hemos visto a los ríos cavar sus lechos y hemos visto a los lechos determinar los ríos.

Pero en la labor práctica los marxistas y los anarquistas obran diametralmente opuestos a como sus teorías autoritarizan lógicamente. Los marxistas, defensores de la fuerza del río para cavar su lecho, son los primeros en rectificarse y se apresuran por todos los medios, permitidos o no por la justicia de la causa que dicen defender, a canalizar el torrente de la revolución, a determinar su curso. Los anarquistas, por otra parte, que sostienen que es la voluntad revolucionaria el factor principal, combaten la canalización previa del proceso de la revolución y se contentan con provocar las fuerzas que habrán de realizar la transformación, cuidando que nadie interrumpa el curso que esa transformación adopte por sí misma. ¿Hay en esa actitud de los marxistas y de los anarquistas una contradicción? Sólo en apariencia. La teoría marxista es olvidada en la práctica por sus adeptos, porque no responde a la realización de una revolución. Hemos visto una revolución marxista en Rusia, el país proscripto en teoría por el marxismo dadas sus condiciones económicas, y vemos el reino de la reacción donde según Marx y su escuela debió haberse realizado ya la revolución. Pero en todas partes donde hay marxistas vemos la misma conducta: el temor a que la revolución pueda seguir una dirección no prevista ni condicionada por ellos. En realidad, lo que sucede es que el materialismo histórico es una teoría accesoria de los revolucionarios autoritarios; ante todo los marxistas son revolucionarios, cuando lo son, autoritarios. Su conducta es regulada por los imperativos de su carácter y de su doctrina entera, en la cual la teoría del determinismo económico no desempeña la misión de un factor orgánico; es más bien un principio de cátedra que no tiene influencia en la moral ni en la conducta. Si fuera una teoría eficiente desarrollaría una mentalidad fatalista en sus adeptos. Pero los marxistas obran de acuerdo a su espíritu autoritario, que es lo que en ellos predomina y tiene su carta de ciudadanía como factor determinante de las aspiraciones y de los actos individuales. Por consiguiente vemos que el marxismo sostiene en su vida práctica la teoría de que es el lecho el que determina el río.

Así como los marxistas son ante todo autoritarios y deben conformarse a la fuerza de esa característica, los anarquistas son libertarios y no pueden menos de ajustarse a los principios de la libertad. Tanto en los marxistas como en los anarquistas las teorías económicas son secundarias y no tenemos derecho a esperar que sean consecuentes con ellas, sino al contrario, que sean consecuentes, unos con sus principios de autoridad, y otros con sus principios de libertad.

Los anarquistas dicen que es la fuerza de las cosas, el desencadenamiento de las potencias aprisionadas y oprimidas en el hombre y en las colectividades, lo que fijará el destino de la revolución, que es el río el que cava o el que debe cavar su lecho, su cauce, y determinar su curso. Para los autoritarios, lo esencial es la existencia del cauce, para los libertarios, la existencia del río. Y si los primeros se pondrán con todas sus fuerzas a una revolución que se les escapara de las manos, que siguiera un curso ajeno a su voluntad, que inundará lo desconocido y lo imprevisible, así los anarquistas se oponen o deben oponerse a toda revolución que deba someterse a una canalización previa, que no tenga la posibilidad de correr el riesgo de la creación, que no pueda abrirse por su propio impulso su camino y elaborar sus realizaciones.

Los anarquistas vemos la autoridad en toda limitación del desarrollo de una revolución; los marxistas ven el caos en toda revolución que no han dominado y subyugado a sus planes. Algunos camaradas de Holanda nos dicen que sería

conveniente complementar el anarquismo con el marxismo y viceversa. No, el marxismo y el anarquismo son diametralmente opuestos y nuestra misión debe consistir en mantener esa oposición absoluta, es decir, en defender por sobre todas las cosas la idea de libertad.

No exijamos consecuencia lógica en nuestros actos y aspiraciones con ideas secundarias y accesorias; es preciso que toda nuestra vida responda a la interpretación libertaria de la revolución y de la sociedad. Por tanto, los anarquistas no se contradicen, — como tampoco los marxistas en tanto que se ajusten a su autoritarismo, — cuando obedezca a los imperativos de la libertad. Al sostener que no tenemos derecho a erigirnos en reguladores de la marcha de la revolución, estamos dentro de la idea libertaria; y esa afirmación nada tiene de fatalista, porque no implica la pasividad, sino al contrario, el libre juego de todas las fuerzas y la posibilidad de desenvolvimiento de todas las iniciativas y de todos los impulsos dormidos por los siglos de ser vidumbre y de sumisión. Creemos, tenemos la seguridad de que las colectividades poseen el vigor para crearse las relaciones que más se ajusten a su naturaleza, y que nosotros, por bien intencionados que seamos, por deseos que estemos de ver a todos los hombres dichosos y libres, jamás conseguiremos tener en cuenta la complejidad de la vida, por lo cual nuestro concepto de lo bueno, de lo justo, de lo bello, impuestos a los pueblos y no aceptados, y elaborados por ellos mismos, se convertirían en realidad en nociones tiránicas artificiales. El buen educador no da al niño las verdades hechas sino que lo pone en condiciones que le permitan adquirirlas espontáneamente. Tampoco nosotros queremos dar a los pueblos nuestra manera de ver y de apreciar las cosas, sino que deseamos que los pueblos mismos lleguen por su propia cuenta a los mismos resultados, y nuestra propaganda tiende más a provocar la actividad reflexiva, la capacidad de sentir y de obrar en los hombres que a inculcarles nuestras ideas. Confiamos que los pueblos en libertad, cuando todas sus fuerzas hayan sido desencadenadas, cuando todos los obstáculos que actualmente los encadenan a prejuicios morales y a tiranos hayan sido removidos, llegarán a seguir naturalmente una vía que se asemejará a la que nosotros deseáramos ver seguir, pero una cosa es que los pueblos adopten esa dirección por sí mismos y otra que la sigan bajo un sistema cualquiera de coacción; en el primer caso los resultados armonizarán con el alma misma de las colectividades y en el segundo los mismos resultados serían un mal, porque vendrían por la vía de la autoridad.

Bakunin ha hecho resaltar siempre la misión provocadora de los antiautoritarios en una revolución; no deben imponer a las masas el socialismo ni ningún valor de los que consideran un bien, sino provocarlo, hacer que se llegue a las mismas conclusiones naturalmente, por un proceso activo de la mente colectiva. Es esta la razón por la que rechazamos los programas constructivos que se empeñan en andamiar muchos distinguidos camaradas, es por esto que no queremos el sindicalismo, es por esto por lo que no queremos tampoco el comunismo anárquico cuando no se interpreta como la libertad de experimentación de otros modos de organización posibles y se pretende propagarlo como un sistema acabado. No queremos encadenar el futuro a sistemas cuya eficiencia desconocemos, no queremos privar a las fuerzas desencadenadas por la revolución de su desenvolvimiento completo y libre, no queremos cavar el cauce del río, sino engrandecer y provocar el río para que él mismo se determine su lecho.

Cuando el sindicalismo, incluido el anarco-sindicalismo, quiere regular la vida futura, cuando quiere trazar previamente el lecho del río, no podemos menos de combatirlo, de oponernos a sus propósitos liberticidas. Cuando los mismos camaradas anarquistas comunistas quieren que su comunismo sea seguido al pie de la letra por el curso de la revolución — es los camaradas, aunque raros, todavía se encuentran — rechazamos ese comunismo. Si somos comunistas anarquistas no significamos con ello sino un sistema económico en el que a nosotros nos agrada.

Carreteras

ría vivir, pero no un plan constructivo para la vida social. Confiamos en que los pueblos adoptarán el comunismo en una gran parte de la vida común, pero esa esperanza no nos autoriza a prestigiarlo como sistema perfecto a que tendrá que someterse el curso de la construcción revolucionaria. Es necesario mantener siempre en alto la bandera de la libertad. En una revolución social no somos nosotros los que diremos la última palabra, aunque digamos nuestra opinión; son las masas revolucionarias las que deben decidir. Es a ellas a quienes remitimos la organización de la sociedad futura, la determinación del lecho del río, la elaboración en el terreno de los hechos y de las experiencias de los programas constructivos. Nosotros tenemos bastante que hacer con suscitar las fuerzas de la revolución destructiva y con velar por el desenvolvimiento libre del proceso constructivo revolucionario, impidiendo toda ingerencia del viejo tabú de la autoridad.

Hasta ahora todas las revoluciones fueron ahogadas por los sistemas preconcebidos que llevaron al porvenir el germen de los males del pasado. *Tenemos derecho a reivindicar el ensayo de una revolución en el terreno de la libertad absoluta.* Si la realidad nos demuestra, — como hasta aquí nos demostró, que el autoritarismo mata toda revolución — que la libertad no es creadora, que una revolución que no

haya sido sometida a un plan conscientemente elaborado, que no haya sido garantizada por una organización capaz de imprimir a los acontecimientos su orientación, es una revolución condenada a la muerte y al fracaso, entonces nos convenceremos de la necesidad de construir el porvenir o mejor dicho de encadenarlo a los ideales más o menos humanitarios y generosos del presente, es decir, renunciaremos al anarquismo y nos constituiremos en una nueva fracción del marxismo, un poco más revolucionaria por fuera que las otras, pero en el fondo corroída por el veneno de la autoridad.

Hay que provocar y suscitar la revolución y no canalizarla y dirigirla. Hay que ser consecuentes con la interpretación libertaria de la vida y no doblegarnos de ningún modo a los fetiches del autoritarismo.

Hay que avanzar resueltamente hacia el porvenir, sin temor a lo imprevisible y a una rectificación de nuestros cálculos.

Hay que dejar a la vida sus derechos y no encerrarla en fronteras arbitrarias. Hay que confiar en la libertad creadora.

Dejemos que el torrente de la revolución abra su lecho en la historia.

D. Abad de SANTILLAN

Berlín, junio de 1923.

TELEGRAMAS

El bastón de San Egidio.—

Un telegrama de la región que está devorando el Etna, nos dice que un pueblo, con el fin de aplacar las erupciones del volcán, salió en procesión con el bastón milagroso de San Egidio. Otro pueblo, envidioso del talismán, lo atacó para robarle el milagroso bastón del santo que los libraría de ser sepultados por la lava; y se enredaron en la fiera lucha, hasta que un obispo, apoderándose del bastón, aplacó a los combatientes.

La noticia se presta a un cuento ático del burlón France; pero es una noticia triste y dolorosa, más dolorosa que las que nos traen las nóminas de los horrores que está cometiendo el volcán; más dolorosa y más triste. Porque si es triste el dolor humano, más lo es su error. Si es triste que un volcán devore veinte poblaciones, más triste es que, por fanatismo, dos poblaciones se golpeen una a la otra. Aquello nos hace alzar el puño de cólera contra el destino ciego y sordo. Esto nos hace caer los brazos de desaliento por la ceguera mental, por la sordera de espíritu en que los explotadores aún mantienen a los pueblos. Esto nos dice que el pueblo aun merece tener amos, porque aun no puede pensar ni sentir por cuenta propia, es decir, que aun no tiene conciencia. Y esto es lo terrible, lo desalentador; pues, no hay mayor esclavitud que la de no poseer conciencia y ser esclavos, no por causas exteriores, sino por causas internas; ser esclavos por no haber llegado aun a ser hombres.

La fuerza — la causa exterior — es un amo que posee esclavos, pero que son esclavos descontentos de serlo, ansiosos de emanciparse, y que no pierden ocasión de intentar lo que no abandonan la lucha contra el amo que los oprime y los explota.

Porque el fanatismo — la causa interna — es un amo que posee esclavos satisfechos de serlo, por ignorancia, esclavos tranquilos, que no luchan; su inercia ya no es animalidad, porque sobre ellos pesa lo milagroso, el misterio, lo desconocido que los reduce a cossas.

Todos los amos embrutecen; pero no hay un amo más embrutecedor que el fanatismo.

Concurso de fealdad.—

Mil y un aspectos de la sociedad capitalista ponen en evidencia su crueldad: falta de conmiseración para el vencido, insensibilidad para con el no dotado por la naturaleza: Resultado del individualismo sobre el que está construida. Los hombres no se sienten unidos por un igual fin. No hay ideales comunes, sólo existen intereses divergentes. No hay piedad, por lo tanto.

En Nort América, paradigma de plutocracias, Mrs Mary Bevan, acaba de ganar un premio de cinco mil dólares en un concurso de fealdad. Verdaderamente lo merece: Mrs Bevan es un monstruo. ¿Pero puede darse una crueldad mayor que ésta?: Obligar a una mujer a considerarse fea y exhibirse como tal para poder ganarse unos dólares que seguramente necesita. ¿Los promotores de ese concurso inhumano, qué fieras son? Son capitalistas, simplemente. Son hombres para los cuales el fin de la vida es enriquecerse. Para tal fin tales medios. ¿Se va a reparar, acaso, en que ese concurso no es piadoso? Sería ingenuo exigirlo. En los tiempos venideros parecerá mentira que pueda ocurrir algo así, parecerá lo que a nosotros, mejor, lo que a algunos de nosotros nos parecen los martirios de la Inquisición. Sin embargo, ¿tuvo ésta un martirio moral tan grande como este de obligar a una mujer a confesarse un monstruo? No. Lo que el fanatismo religioso no llegó en punto a crueldad, lo ha alcanzado la rapacidad codiciosa del capitalismo. No nos envanecemos, entonces, tanto de nuestro siglo XX ni de nuestra civilización. Nuestro siglo es cruel y nuestra civilización es absurda. El uno tiene la crueldad del estúpido; la otra es demente. Vamos equivocados, tenemos que dar algunos pasos atrás, hacia la naturaleza, si es que deseamos tomar el buen camino, el que nos llevará hacia la felicidad humana, que será el bien de todos. Para confesarnos tal cosa, debemos

despojarnos de mucha vanidad y reconocer nuestro error. Somos crueles por estupidéz, como lo son todos los vanidosos. También lo somos por codicia, aunque esto es lo de menos, porque quitada la oportunidad de enriquecernos, desaparecerá la codicia. ¿Y la vanidad? ¿Cómo quitarle al hombre la oportunidad de envanecerse, y ser cruel? El trabajo es el todo salvador, el rudo trabajo con el cual se suda y se cansa. La vanidad es producto del ocio. ¿Un hombre encallecido en el trabajo, puede imaginar eso de enriquecerse explotando la fealdad de su prójimo? Tal crueldad sólo puede imaginársela quien nunca trabajó con sus manos. Es un refinamiento de crueldad que explota la vanidad invertida: la de ser feo... Y en tanto, impunemente, ocurren tales cosas, no nos envanecemos de nuestro siglo ni de nuestra civilización mecánica. ¿Para qué volamos, si la indignación y la pena no nos estremecen ante el dolor hecho espectáculo? ¿A pesar de nuestras máquinas voladoras, nuestro plano moral no es el de la Edad Media?

ALVARO YUNQUE

De Max Nettlau

SINDICALISMO Y ANARQUISMO

Cesemos de dejarnos hipnotizar por el sindicalismo. La resistencia colectiva de los obreros contra el capital es una necesidad absoluta para ellos; esta lucha exige que sea hecha según las necesidades de la hora presente y nada tiene que ver con la lucha contra la sociedad actual entera que libra el socialismo anarquista. Con la desaparición del capitalismo desaparecerá también necesariamente el sindicalismo, y surgen teorías sindicalistas según las cuales las primeras materias y los instrumentos de trabajo han de ser de las corporaciones de oficios; esto sería un nuevo monopolio que estaría en contraposición. El sindicalismo, excelente de momento, no tiene, pues, ningún porvenir; que enseña y dice que todo ha de ser de dicción con el socialismo más elemental, es una dictadura militar que la guerra contra un enemigo igualmente concentrado puede de momento justificar desde el punto de vista puramente técnico, pero que nadie querrá su condición después de la batalla.

ANARQUISMO Y DOCTRINAS ECONÓMICAS

Es muy de lamentar que la idea anarquista se haya acoplado desde el principio a hipótesis económicas que insensiblemente pasan al estado de doctrinas y

teorías. Para probar la posibilidad práctica de la anarquía se armaron hipótesis económicas y la anarquía se subdividió en escuelas económicas, comunistas, colectivistas, individualistas, etc. Es muy triste, porque con una mano se corre el velo del porvenir y haciéndonos ver la felicidad del disfrute de mayor libertad y con otra mano se nos encadena a alguna doctrina económica cuyo mérito no discuto, pero que no pasa de hipótesis comprobable. Nos falta la experiencia y es por lo demás absurdo creer que se pueda adivinar lo que convendrá a una sociedad desconocida aún, así como que pueda haber una sola doctrina en lugar de la experimentación en grande escala de todas las posibilidades económicas conformes a la necesidad de la libertad.

Pedro Kropotkin.- Conferencias

La Editorial LA PROTESTA, ha puesto a la venta el primer volumen de las Conferencias de Kropotkin. — Además de "El Estado — su rol histórico" — importante tema de suma actualidad, desarrollado en diez capítulos, éste volumen contiene otra conferencia titulada: "El Estado Moderno", con los siguientes capítulos: *El principio esencial de las sociedades modernas — Siervos del Estado — El Impuesto, medio de crear los poderes del Estado — El Impuesto: medio de enriquecer a los ricos — Los monopolios — Los monopolios del siglo XIX Los monopolios en la Inglaterra constitucional — En Alemania — Los reyes de la época — La guerra — Rivalidades industriales — La alta finanza — La guerra y la industria — Crisis industriales debido a las previsiones de las guerras — Los caracteres esenciales del Estado — El Estado puede ser un instrumento de emancipación de los trabajadores? — El Estado constitucional moderno — ¿Es razonable reforzar el Estado actual? — Conclusión.*

Precio del tomo \$ 0,50
Encuadrado en tela . . . \$ 1,50

Ya está en prensa el importante opúsculo de Luis Fabbri: "Cartas a una mujer sobre la anarquía" — Se pondrá a la venta, a un precio reducido, en BREVE —



La labor es ruda, pero el surco se abrirá.

PAGINA DE ARTE

JUAN BAUCISTA COROT

(1796-1875)

Puede y debe considerarse a Corot como un paisajista, pero sin embargo es menester no dejarse engañar. Percibe las armonías de la luz, un soplo de aire atraviesa y vivifica sus paisajes; existen independientes de la preséncia del personaje humano. En muchas telas no se sabría enumerar sino el suelo, la hierba, los matorrales, los árboles, un poco de agua, nubes, el cielo, una casita perdida entre el follaje, a lo lejos el campanario de una rústica iglesia, manchas movidas que son los vestidos de una mujer en marcha o de dos campesinos que charlan. El hombre es dominado por la Naturaleza, ya no la subordina. Paisajista puro, Corot pinta el paisaje y solamente, pase el hombre o se aperciban los trabajos del hombre, el paisaje.

A pesar de esta independencia de la Naturaleza, Corot sueña todavía en ella aspectos que la ennoblecen. Las bellas arquitecturas, templos, ruinas, palacios, castillos, iglesias, ejercen sobre su elección una atracción peligrosa. Pero sabe fundir su majestad y su gracia con la gracia y la majestad de los sitios donde se encuentran. Conserva la fe en la campaña romana a pesar de su alejamiento, a pesar del encanto de los bosquecillos y de las riberas de la Isla de Francia, donde trabaja; adora las danzas de las ninfas en las brumas doradas y se complace en despertar en sus antros a los Silvanos o a los pastores clásicos.

Total, ¿qué importa? El pintor funde legítimamente la precisión de las cosas estudiadas y verídicas con el encantamiento de sus sueños, lo real y lo imaginario. Resume en una escena, en una composición dispuesta para el placer del espíritu, el sentido secreto que siente estremecer en el fondo de los aspectos permanentes o instantáneos de la tierra maternal. Con la condición de no falsear la representación imponiéndole valores arbitrarios y ficticios, de que se someta y no trate de precipitarla ni contradecirla, el impulso de su lirismo se expresa con todo derecho bajo la cubierta de una figuración mística o simbólica. Este medio

requiere en el que lo ensaya una ciencia, completamente desinteresada, de los elementos menores, por los cuales el esplendor, en todo y por todo brillante, adquiere equilibrio y euritmia, y el constante y exclusivo amor que permite escrutar con devoción la trama palpitante y el invisible estremecimiento.

Corot no se había puesto a estudiar a la naturaleza por casualidad. El la comprendía, la respetaba y no trataba sino de traducirla con los medios más apropiados, presentándola a los que desean mirar, tal como él la amaba y la sentía, tal como él la había impregnado, tal como la llevaba en su corazón, o mejor dicho tal como su corazón y su cerebro estaban de ella compenetrados.

Baudelaire define magistralmente el arte de Corot: "Es Corot uno de los raros, el único quizás, que haya conservado un profundo sentimiento de la construcción, que observe el valor proporcional de cada detalle en el conjunto, y, si me es permitido comparar la composición de un paisaje a la estructura humana, que sabe siempre donde colocar los huesos y las dimensiones que deben tener. Se siente, se adivina, que Corot dibuja abreviativamente y largamente, lo cual es el único medio para reunir con celeridad una gran cantidad de materiales preciosos. Si un solo hombre hubiese podido contener a la escuela francesa moderna en su amor impertinente y fastidioso del detalle, ciertamente sería él. Hemos oído reprochar a este eminente artista su colorido un poco demasiado dulce y su luz casi crepuscular. Se diría que para él toda la luz que inunda el mundo ha bajado de uno o más tonos. Su mirada, fina y juiciosa, comprende más bien todo lo que confirma la armonía que lo que acusa el contraste." Usa un pequeño número de tonos; comparado con Delacroix no fué un colorista, pero Corot es uno de los armonistas más delicados, más deliciosos de todos los tiempos.

Corot no ha buscado la brillantez de las fulguraciones, las sonoridades del medio día o del pleno verano. Fué el pin-

tor delicioso de las mañanas frescas, de los crepúsculos tiernos y dolorosos. La emoción vibrante de las tintas delicadas reemplaza a veces en sus paisajes de Italia, a lo que el dibujo tiene de un poco seco y riguroso. Tal es el encanto ambiente de sus primeras producciones: El

son obras maestras dotadas de tanta fuerza, novedad radiosa y originalidad como los mejores retratos de los más reputados retratistas. Y son trozos de pintura de un vigor inimitable. La familiaridad en él no es desfallecimiento. Nada subsiste de las fórmulas y de la arbitrariedad acadé-

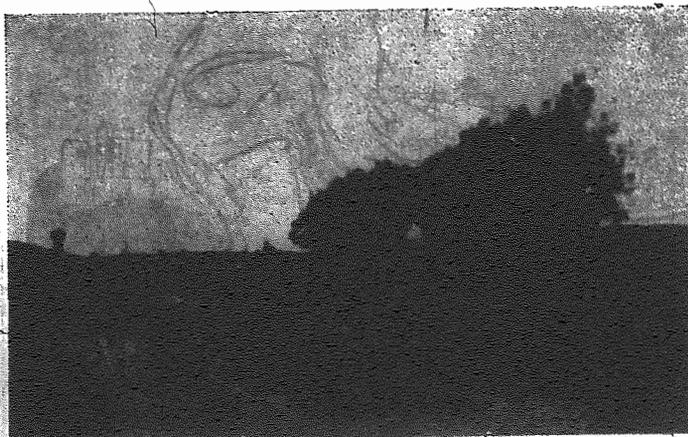


COROT — La carretera de Arras

Colisco, en el Louvre, El Forum... Se lo encuentra flotante, más seductor en la vista admirable de *La Catedral de Chartres*, que forma parte de la colección Moreau, en las Artes Decorativas.

Cuando Corot se transforma en pintor de figuras se nos aparece con mayor firmeza, una voluntad más decidida, una fuerza de psicología notable, una maestría no menor que la del paisajista. Durante mucho tiempo se lo tuvo encerrado en su especialidad, no viendo la universalidad de su arte. Muchas de sus figuras

mica. El artista se ha entregado a la búsqueda de la expresión, la descubre donde se oculta y la fuerza a exponerse bajo su mano. Ni rutina, ni teoría, el pintor obedece a lo que observa y a lo que da; los medios están allí dispuestos a su elección; él adopta, agrupa, yuxtapone, confirma todo lo que le es esencial y necesario, y así puedan alabarlos o reprocharlos las escuelas, abandona todo lo innecesario. Por instinto supera por su saber y el aspecto a los más grandes realistas: prepara a Manet y posiblemente a Renoir.



COROT — El valle.



COROT — Retrato de mujer

Fromentin pretende derivarlo de Ruysdael al reconocer que Corot se destaca del grupo de los paisajistas sus contemporáneos; dice: "cultiva la Italia desde muy joven y le ha quedado no sé qué de indeleble. Fué más lírico, más campestre, más agreste que Ruysdael. Ama los bosques y las aguas, pero en otra forma. Inventa un estilo; puso menos exactitud en ver las cosas que fineza en aferrar lo que se debía extraer y lo que se desprende de ellas. De allí esa mitología tan personal y ese paganismo tan ingeniosamente natural, que no fué, bajo su forma un poco vaporosa, sino la personificación del espíritu mismo de las cosas. No se puede ser menos holandés".

A FONTAINAS

(de la *Histoire Générale de l'Art français de la Révolution à nos jours*).

Nuevo colaborador del "Suplemento"

Los anarquistas saben sobradamente lo que significa el camarada Max Nettlau en el movimiento anarquista y lo mucho que le debemos a sus investigaciones históricas y a su labor de escritor. Baste decir que la obra de Bakunin hubiera desaparecido o no hubiera podido ser recogida y conocida sin Nettlau. Esto constituye para nosotros un título de aprecio infinito. El Dr. Max Nettlau ha gastado toda su fortuna y dedicado toda su vida a la investigación de la historia del anarquismo; sus archivos contienen una verdadera riqueza sobre el pasado de nuestro movimiento; sin esos archivos nos sería casi imposible conocer nuestra historia.

No queremos hacer el elogio de Nettlau, su labor es bien conocida y al anunciar que el Suplemento de LA PROTESTA lo cuenta entre sus colaboradores regulares, creemos que los camaradas de la Argentina apreciarán este nuevo apoyo en todo el valor que realmente tiene.

Poco a poco, en nuestra labor de hormigas del trabajo, firmes en nuestra voluntad de contribuir al enriquecimiento ideológico del movimiento anarquista regional, acarreamos, sin temor al esfuerzo, el óbolo del pensamiento revolucionario del mundo.

El compañero Nettlau contribuirá al Suplemento con trabajos de carácter histórico y doctrinario.

Por nuestra parte podemos enorgullecarnos del éxito que este semanario tiene en todas partes y aseguramos que el nombre del nuevo colaborador hará doblemente meritorias las páginas del Suplemento.

Ya nos ha remitido una serie de tres artículos dedicados a tres viejos anarquistas muertos recientemente: Kitz, Herzog y Dave.

... en cuanto me arrimo al Parlamento me parece asistir a un culto en cuya eficacia no creen los celebrantes, a pesar del derroche de liturgia, cuya exuberancia va de par con el enflecamiento de la fe. No se muestra allí sino la industria o la comedia; quiero decir que apenas se ve sino quiénes van al negocio o quiénes salen e tablas a representar su papel del modo que les procure más aplausos y les dé nombre de más diestros comediantes... lo mismo en el teatro que en el Parlamento, llega a aplaudirse gestos, ronquidos, hipos, acenos y matices. No conviene al buen parlamentario tomar a pecho su papel e ir a matar de veras en la escena del duelo o llorar de verdad cuando la comedia pide llanto. — M. U.

El Estado es el que por sus códigos mantiene la monstruosa desigualdad de condiciones que hoy existe, móvil e inextinguible de la guerra. — P. H. M.

HAN RYNER Y SU OBRA

I.— El novelista Henri Ner.

Hacia 1892-1893 (esto no me rejuvenece), yo estaba encargado de la crítica literaria de la *Petit République*. Una mañana, de entre el montón que me traía diariamente el cartero, retiré un librito que tenía por título: *La folie de misère*. Estaba firmado por Henri Ner, un nombre completamente desconocido para mí.

Contrariamente a lo que pasa de ordinario entre mis colegas en crítica, me vi incitado, sino a leer, al menos a hojear el volumen. El azar hizo caer mi cortapapel en serie de páginas muy desiguales pero que me cautivaron grandemente. No solo se revelaba allí un temperamento, sino que entreví inmediatamente toda la importancia del asunto tratado, sus dificultades y su grandeza. Era en efecto la espantosa y terrible cuestión de la herencia la que el autor, joven sin duda, casi desconocido, se había atrevido a atacar.

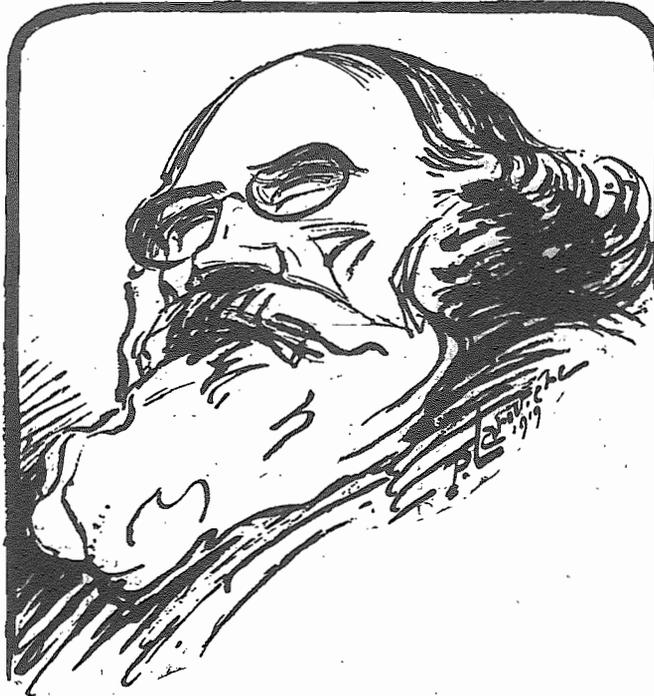
Justamente en ese momento yo tenía en preparación una novela rústica: *Faunes Amours*, en que trataba de poner de relieve toda la potencia de la tara étnico-histórica sobre una joven campesina convertida en la Mesalina de su aldea.

Pero a partir de aquel día mi atención quedó fija en él. Estaba seguro que trazaría su surco en el camino en que entraba y que ese surco sería profundo.

Poco después, Henri Ner, satisfecho sin duda por esas pocas líneas de crítica que le demostraban al menos que había sido comprendido, me enviaba otro de sus libros, anterior, creo, y que tenía por título *Chair, Vaincue*. Me gustó mucho menos. Porque estaba precedido de un prefacio de Jean Aicard, cuya mediocridad burguesa tuvo siempre el don de horripilarme.

Quizás esta causa es pequeña, pero hay impulsos instintivos de que a los más pacíficos es imposible preservarse; aunque la verdadera razón por la que no aprecié *Chair Vaincue* después de haber leído *Folie de misère*, es que en tanto que este libro estaba lleno de observación viviente, podría decir de vida, en el primero se sumía en las nebulosidades de una metafísica vaga.

En un tercer libro, el *Humeur inquiète*, volví a encontrar al Henri Ner de la *Folie de misère*, es decir, al observador penetrante, al psicólogo ya seguro de su análisis y que desconfiaba de los conceptos vagos, de las abstracciones muertas que son como los cadáveres de ideas y que



Por consiguiente, acababa de releer a Darwin, a Huxley, a Haeckel, a Guyau y no sólo estaba fresca y seriamente documentada sobre el asunto, sino completamente dominado, obsesionado por él.

En esas circunstancias, lo repito, me afectaron las páginas recorridas aquí y allí, por la precisión de la observación que las inspiró y leí el libro desde la primera a la última línea, sin el menor cansancio, más y más atraído por el modo casi magistral con que el desconocido Henri Ner, que no era un biólogo, — esto se veía — habla podido vencer las dificultades formidables del asunto.

Se trataba, si mi memoria es fiel, y debe serlo, porque yo había sido muy impresionado, — se trataba de la locura hereditaria del asesino en la hija de un asesino. Siento aún la emoción profunda que me invadió, siguiendo las frases trágicas de la lucha que la pobre criatura petrificada en el fondo le honradez, opone a la potencia terrible de la tara que pesa sobre ella como el ineluctable ananké. Ese día sentí no tener que decir en una breve crónica más que unas líneas para expresar todo lo que pensaba de ese libro y del autor.

bien que eviten la sequedad tanto como el realismo incondicional, estrecha de cerca la realidad; el fondo de este nuevo libro era la historia de una existencia desequilibrada, que fué quizás un poco la del autor, porque se adivina allí, en una parte al menos, un poco de autobiografía, se encuentra allí, además, una rala punta más bien que una tesis, dirigida contra la crueldad de una ley que impide a los esposos volver a casarse una vez que fué pronunciado el divorcio sobre ellos. Comprendo perfectamente que Alfonso Daudet tuviese por ese libro una gran predilección, él que amaba sobre todo la vida en los libros y que puso tanta en los suyos.

La exquisita sensibilidad, el extremamiento de vida que llena el *Humeur inquiete* florece más aún en *Ce qui meurt*. Diré también que esa sensibilidad lleva aquí, en las páginas intituladas *Fragments de livre de Pierre*, a una agudeza enfermiza que hace vibrar dolorosamente los nervios. Solo un gran infortunio, uno de esos golpes del destino que abaten a los débiles, pero que hacen reaccionar poderosamente a los fuertes, habían podido inspirar ese libro en creí como en las

obras de la antigüedad, lo patético toma toda su fuerza a la sencillez.

Con esta notable tetralogía de la que no desdijeron hablar los pontífices de la crítica, Henri Ner terminó el ciclo de sus comienzos literarios. Se finje ignorar que nuestra literatura contaba un novelista cuya obra de juventud igualaba y superaba a la que creó la madurez de algunos de sus hermanos mayores.

II.— De la escuela de Voltaire se desprende Han Ryner.

Esta conspiración del silencio organizada en torno de las novelas de Henri Ner continuaría alrededor de obras más maduras, más poderosas, impregnadas de una filosofía profunda, donde se revelará con todos sus medios, con todas sus posibilidades, la verdadera personalidad de Henri Ner convertido en Han Ryner.

No olvidaré nunca la especie de feliz asombro que experimenté hace algunas semanas al leer el *Home Fourni* que conocía. Estaba en mi soledad benévola, donde después de una crisis violenta de paludismo, para reposar mi cerebro todavía quebrantado, acababa de releer en pequeñas dosis algunos cuentos de Voltaire, deteniéndome en *Cándido*, el más filosófico y también el más divertido de todos.

Esta lectura me había inducido a reflexiones serias sobre esta maravilla de nuestra literatura que fué el cuento filosófico en el siglo XVIII y sobre todo bajo la pluma del más grande de nuestros prosistas... Lamentaba que el siglo siguiente hubiese desdeseñado un poco este género, para el cual sin embargo parecían a propósito los genios de nuestra raza, así como el fondo de nuestro temperamento.

Con el *Home Fourni* Han Ryner atenúa un poco este sentimiento.

Un poco de *Cándido* y de otros pequeños héroes, de las pequeñas obras maestras volterrianas se reflejan en el *Octave Perdicant*, el mortal a quien la alta fantasía de Han Ryner da un cerebro mixto de hombre y de hormiga.

Para comprender bien todo el alcance y todo el sabor de esta metamorfosis, así como el gran mérito que tuvo el autor al imaginaria, conviene poseer algunas nociones sobre la biología y sobre las costumbres de este himenóptero social: la hormiga, sin haber leído a fondo a Huber, Forel, J. Lubbock, Ruchner, es preciso tener presente lo que Darwin escribió sobre él, es decir, "que su ganglio cerebral es la más grande maravilla que la naturaleza haya creado con un poco de protoplasma".

Entonces se comprenderá solo con qué maestría ha sacado Han Ryner de este "hueso" precioso que era su objeto, toda la médula filosófica que está contenida en él.

Jamás la soberbia humana recibió de un filósofo una lección más cruel bajo una forma más suave, más amena y de una ironía tan exquisita y sabia.

Desde el principio al fin de este sucueto librito, Han Ryner parece decir al hombre: "Tú te crees el amo del mundo, tú te dices el rey de la creación, porque tu cerebro contiene trillones de neuronas, en las que las generaciones pasadas han acumulado las imágenes y los conceptos; y bien, compara lo que tú has sacado y el uso que tú haces de él, con lo que la humilde hormiga de las que aplastas cada día un montón bajo tus zapatos sabe hacer con un glóbulo de substancia nerviosa apenas visible. Tal vez entonces no estés tan orgulloso."

III.— Han Ryner ante el cristianismo

Después del *Home Fourni*, Han Ryner no debía tardar en dejar la humanidad moderna o más bien a sus contemporáneos, para volverse hacia la antigüedad a la que volvieron siempre para no abandonar la más los espíritus verdaderamente filosóficos de nuestro tiempo.

Por el hecho de esta evolución natural y esperada de los que habían seguido su obra, Han Ryner debía hallarse frente a las dos más grandes etapas que hayan señalado la marcha de la humanidad hacia su eterno más allá: primero referirme

al helenismo y al cristianismo.

El *Cinquième Evangile* fué el resultado de su encuentro con Jesús; y sobre las rutas de la Helade divina en que se internó más tarde, fué Pitágoras el que le hizo la señal de seguirle, y al que siguió fielmente; y el *Fils du Silence*, — otro hermoso libro, — le fué dictado por este peregrino de la sabiduría antigua, en las largas alturas y en las encrucijadas polvorientas de los caminos.

Hablemos primeramente del Nazareno. Antes de Ryner, otros cuya alma generosa y claro génio no habían podido admitir el Jesús-Dios creado por los sacerdotes, los parásitos y los sicofantes para dominar y explotar a la humanidad, fueron a buscarlo hacia los rincones perdidos de la Judea misteriosa, donde se decía que había vivido y donde su pretendida palabra debía irradiar sobre el mundo entero. El primero, si se cree al profesor Guignebert, fué Reimarus, un filósofo y teólogo alemán muerto en 1768. Mostró este a los sabios asombrados de su tiempo, como resultado de su investigación, "un Jesús político, ambicioso, cuya conspiración no tuvo éxito; hombre de talento seguramente, y eminente profesor de moral; penetrado completamente de las verdades de la religión natural, pero astutamente adaptado a los hábitos y a los prejuicios de su tiempo".

Sobre los pasos de Reimarus, debían empeñarse un poco más tarde Kant mismo y todos los grandes críticos kantianos, desde Fichte a David Strauss pasando por Hegel y Schelling.

Kant, maestro de todos, dió la señal de una nueva exégesis que coloca a Jesús fuera de la historia; Fichte es más negativo aún, en tanto que Schelling se esfuerza por dar valor real tanto metafísico como histórico, a los símbolos evangélicos con Feuerbach y Strauss.

La verdad sobre Jesús y los evangelios es atacada más y más de cerca y un rudo asalto se ha dado de ese modo a la vieja teología ya tan desfalleciente. Ante su crítica verdaderamente científica, el mito aparece y toma en la nueva exégesis un puesto que no perderá más hasta nuestros días. Con una audacia muy grande para la época, pero que justificaba una gran erudición y una profundidad crítica sin ejemplo, aplica la teoría mística no sólo a la persona de Jesús, sino al relato evangélico entero.

Entre toda esa gran pléyade alemana de teólogos-filósofos, que han prestado a la humanidad que piensa, el gran servicio de reemplazar la revelación divina por una fría, segura e implacable exégesis, la figura del gran profesor Tubinga se destaca con un relieve imponente, al que el mundo sabio no ha cesado de rendir homenaje. Strauss ha escrito dos *Vidas de Jesús*. Todo el mundo está de acuerdo en reconocer que la primera, aparecida en 1835-36 marca una fecha; la emoción que promovió fué una de las más grandes que haya registrado la historia del pensamiento humano. Entre los teólogos trascendentes que luchaban asperamente por la ortodoxia secular, y sus adversarios criticistas implacables, el abismo era profundo; pero ni unos ni otros llegaban a interpretar razonablemente los textos evangélicos; es entonces cuando se levantó entre ellos Strauss, lanzando en las tinieblas de sus discusiones la luz de su interpretación mítica.

Mostraba que si Dios no está encarnado en el hombre Jesús, la idea del Cristo encarnado encierra sin embargo una verdad profunda; ese Dios hecho carne, según él, figura la humanidad; hija de la madre visible que es la naturaleza y del padre invisible que es el espíritu; la humanidad que hace milagros demandando poco a poco los elementos ciegos, que está sin pecado, porque las manillas no llegan más que a los individuos y el constante progreso de la especie las borra, que muere y resucita por la sucesión de las generaciones; que se eleva poco a poco por encima de las contingencias individuales, por una verdadera elevación hacia el principio espiritual y divino, con el que tiende a identificarse con Jesús, acabo por identificarse con Dios padre, "El que cree en este Cristo humanizado participa verdaderamente en la vida divina encarnada en la especie. La persona y la vida de Jesús han dado a la humanidad representada por las primeras generaciones cristianas la ocasión de dibujar el retrato de su Cristo, tal como se lo representa, partiendo

de la idea de sus propias relaciones con la divinidad".

Tal es la nueva doctrina que Strauss tiene la audacia de lanzar al mundo en una época y en una Alemania en que el papismo y el pietismo místico eran las dos más grandes fuerzas morales existentes.

Treinta años pasaron consagrados a luchar y a sufrir las persecuciones por ella; durante ese tiempo, en la sombra de un gran seminario de París, un joven bretón leía esa *Vida de Jesús* con una pasión contenida, sintiendo un quebrantamiento profundo en su corazón y en su espíritu. Al mismo tiempo que veía desvanecer en esa gran luz las nebulosidades de un ensueño místico, le oprimía una indecible tristeza ante la idea de que ese Jesús de su ensueño, ese Jesús de quien se había hecho pesar de su divinidad un retrato humano tan hermoso y tan noble, no era más que la expresión concreta de un mito.

Y se puede decir que desde ese momento, por una reacción natural, salida de su herencia religiosa, la silueta de su Jesús se había levantado viva y real ante los ojos de su alma.

En 1864, es decir, treinta años después de la primera *Vida de Jesús* de Strauss, publicó Ernesto Renan la suya.

Los ecos de la tempestad que levantó hicieron en nuestros oídos. Muchos, entre los creyentes, perdonaban más fácilmente al filósofo alemán su mito que a Ernesto Renan lo que ellos llamaban el sacrilegio de su Jesús, privado de la divinidad y convertido, aunque en la más noble, en una simple criatura perecedera.

Hoy ha pasado el tiempo de las maldiciones ruidosas. El siglo nuevo ha silenciado los anatemas que repercutían en el siglo muerto; y el Jesús de Renan se mantiene siempre inefablemente bello y mira con su dulce sonrisa decepcionada nuestra época no menos vil y atormentada que la suya y que le crucificaría si volviese a predicar su doctrina de comunismo anarquizante entre nosotros.

Ante el Jesús místico de Strauss y el tan profundamente viviente, tan tiernamente humano de Renan ¿cuál escoger? Aquellos cuyo espíritu no quiere o no puede concebir más que realidades positivas, los que piensan que la historia sin la filosofía y la crítica quedará siempre como letra muerta, los científicistas y los ateos que persiguen rudamente la leyenda y no dejan puesto alguno al sentimiento irán hacia el Jesús de Strauss.

Con él pensarán que la "primitiva comunidad cristiana al imaginar a Jesús según el Cristo ideal que llevaba en sí, ha obrado como el dios de Platón que formaba el mundo al contemplar sus ideas".

Pero para los imaginativos, para los sensitivos, para los soñadores, los poetas, para todos aquellos cuya alma tiene más sed de ideal que su cerebro de certidumbre, el Jesús del grande y dulce bretón guardará siempre un encanto inexpressable, tanto más profundo e irresistible cuanto que satisface plenamente su instinto de religiosidad.

Estos, en quienes el corazón late con íntima alegría, en quienes asoma el éxtasis a los ojos, encantado el oído por la música de una prosa de que el mismo Platón hubiese estado orgulloso, irán siempre hacia Renan. Seguirán a este sacerdote del verbo, fervientes y piadosos como los mismos apóstoles que seguían a Jesús.

Con él, sin abandonarse, irán, peregrinos apasionados, hacia las colinas de Galilea, a los bordes del lago Tiberiades, por todas partes en que el Nazareno paseó la melancolía de un sueño tan bello que bastó para crear su divinidad; y se detendrán solo en el Gólgota para escuchar con estremecimiento el *Loma Sabatani* en que exhaló su pobre, su lamentable, pero sublime humanidad.

Y éstos también, dejando el Cristo de Renan en su tumba, leerán con una piedad no menos ferviente el *Cinquième Evangile* de Han Ryner.

También éstos seguirán a su Jesús impregnado de belleza pagana y de tolstoina resignación.

Con él escalarán la montaña que recogerá de sus labios agonizantes el verbo liberador.

Como se ve, el encuentro de Han Ryner con el cristianismo ha producido frutos suculentos con que se regalarán largo tiempo todavía los filósofos y los literatos.

Veremos en breve cuán bellas y olorosas fueron las flores que recogió en los caminos de la Helade siguiendo a Pitágoras, el gran filósofo amado de las musas severas y de los dioses.

I V.— Los cristianos y los filósofos.

Antes de estudiar el *Fils du Silence*, libro importante, y para acabar con la obra densa de Han Ryner, detengámonos unos instantes ante otro hermoso libro que lleva el título de *Les Chrétiens et les Philosophes*.

Aquí, Han Ryner parece haber jugado una verdadera apuesta al hacer revivir toda una época sin apelar a la descripción y valiéndose sólo del diálogo. ¿Y qué época? La que siguió a la muerte de Cristo, en que el pensamiento antiguo, bien que continuó iluminando al mundo con su luz, pareció debilitarse ante la aurora de los tiempos nuevos.

Ese siglo primero, a quien Renan dedicó un amor tan grande, una pasión tan ardientemente clarificante, lo evocó a su vez Han Ryner de un modo magistral, sin frases grandilocuentes, con una sencillez digna de la antigüedad, en páginas de las que he sacreado el encanto, aún después de haber leído las de Renan.

Impecable, la argumentación de este libro es de imaginación más que en apariencia. Yo desafío a no importa qué erudito que posea a fondo su Mommsen y otras fuentes a que encuentre en este diálogo un solo anacronismo, no solo de hecho, sino también de idea, que no es muy fácil de evitar. Hace hablar a sus sofistas como verdaderos sofistas del siglo primero y se da cuenta uno de que los sabios de entonces no pudieron hablar de otro modo a como Han Ryner los hace hablar. Su Epicteto no podría ser más viviente.

Es la gran filosofía estoica la que habla por boca del noble esclavo, y al pasar a los labios de un hombre del siglo XX no pierde nada de su timbre ni de su suave y penetrante sonoridad.

Es así como debió hablar Epicteto acciéndolo y razonando con una sonrisa inefable el cristianismo naciente.

Todo el pensamiento de Zenón, de Cleanto está en el pensamiento de Han Ryner. Nada más hermoso y más profundo a la vez que la discriminación hecha entre los dos epicurismos que se disputaban la antigüedad.

¡Con qué verbo mesurado y ardiente, sin embargo, se encuentra flagelada la vieja escuela cirenaica en la persona de Porcus, el innoble y charlatán amigo del placer! Y al contrario ¡en qué lengua exquisita, con qué matizada delicadeza nos son presentados los amores de Serena y Serenus, flores divinas como las que el verdadero jardín de Epicuro vió brotar!

Yo tenía razón al decir que los *Cristianos y los Filósofos* es un hermoso libro más en el activo de Han Ryner y que fué fecundo su encuentro con el cristianismo.

V.— Han Ryner y el helenismo.— "Le Fils du Silence".

Si siguiendo a Pitágoras — el misterioso — Han Ryner nos hace recorrer en este libro extraño, todo el ciclo del pensamiento griego: religiones, filosofías, las ciencias en sus albores, las poesías, y nos encontramos en él en presencia de una pequeña enciclopedia del helenismo.

Cuando comienza el libro, la isla de Samos, supuesta patria del *Fils du Silence*, está de fiesta. La página es muy bella y respira un aliento antiguo muy puro. He aquí a *Ferecido* que da su nombre a la primera parte: *Ferecido*, el filósofo de Siros, cuya vida es quizás un poco menos misteriosa que la de su ilustre discípulo, a quien inició en las doctrinas de Tales y en las de los sacerdotes egipcios y fenicios, *Ferecido*, cuyo nombre fué célebre durante todo el período alejandrino gracias a la pasión vulgarizadora del filósofo-taumaturgo Filón el Judío, de quien Cicerón dijo que había sido el primero en enseñar la inmortalidad del alma. Al hacer esto se oponía a su contemporáneo Anaximandro que, precursor de la ciencia moderna, no veía en el universo más que materia y movimiento y abría así el camino a Sócrates, a Platón, a todos los grandes soñadores que, como lo veremos pronto, desviando el genio humano del determinismo entrevisto por la escuela de Jonia, debían conducirlo fatalmente al cristianismo.

De la obscuridad y el misterio que después de los siglos de humanismo reinan todavía en la vida y de la personalidad de *Ferecido* y de su discípulo, Han Ryner supo sacar un partido maravilloso. Nos muestra a *Ferecido*, "ese gran errabundo, ese gran inquieto, que salió de la fértil Siros para recorrer el mundo, comprenderlo, cantarlo, deteniéndose después meses en la estrecha Samos por el solo placer de dar su ciencia al noble hijo de Mesarco".

Después, poco a poco, con un arte perfecto, ha hecho desfilar a su alrededor al gran lírico *Ybycos*, el inventor de uno de los primeros instrumentos de cuerda, con que distrajo los oídos de Policrates, tirano de Samos, durante su larga existencia.

Policrates mismo habla y obra ante nosotros como verdadero "tirano de la Helade", amigo de los gozes materiales y groseros, pero también sabio fino y delicado que sabe prestar atención a los discursos divinos de Anacreonte.

Y he aquí a Anacreonte mismo, que, acompañado por la flauta de Caristo, hace oír su oda a *Batylo*, el más hermoso de sus versos de amor. Esta evocación del poeta de Teos es de las mejores páginas del libro y alegrarían si resucitase al gran humanista Enrique Estienne, cuya sutil erudición engañó al siglo XVI al inventar las *Odas Anacreonticas* de las cuales Anacreonte no escribió jamás un solo verso...

Se callan *Ibycos*, *Policrates* y *Anacreonte* y he aquí que se oye elevar en los labios de *Ferecido* hacia el azul del cielo el ánimo inolvidable a Eros: *El antro de los siete reptilegus*.

Regalo exquisito de helenista refinado,



¡Adelante, proletarios!

yo apruebo a Han Ryner cuando hace decir a un oyente: "Oh, Ferecido, tu pensamiento y tu verbo hacen de tí un dios!"

Esta primera parte es ciertamente la mejor y más original de este libro asombroso, tanto por su forma perfecta como por su profunda erudición. Me gustan menos, mucho menos, las siguientes en que se relatan los viajes de Pitágoras, que he leído ya en la Biblioteca Nacional en la edición en cinco volúmenes de Detherville, aparecida el año VIII.

Lo mismo por lo que respecta a los misterios, que gozaron un papel tan grande en la vida religiosa e intelectual de los griegos y que constituyen el objeto de la segunda parte entera. Chausard, ese gran universitario desconocido que fué en 1792 Comisario del Comité de Salud Pública, y después, en la restauración, profesor en varios grandes liceos, de París, escribió sobre ellos en 1821 su libro que, aunque anónimo, no es menos definitivo. Confieso no haber hallado en el *Fils du Silence* ni sobre los misterios de los kabires, ni sobre los grandes y pequeños misterios, ni sobre las dionisíacas, ni sobre el orfismo, ni sobre las doctrinas del Egipto, de Persia, de Babilonia y de Caldea, nada, que no esté ya en esa obra de elegante erudición, una de las más profundas, de las más sólidas, dada la época en que se escribió, y cuyos cuatro volúmenes duermen un sueño jamás turbado en la estantería del gran cimiterio libresco de la calle Richelieu.

En fin, sobre Eleusis y los misterios de Ceres tenemos las páginas de Paul de Saint Victor, que quedarán entre las más hermosas con que se honra el siglo difunto.

Dicho esto, Han Ryner no deja de tener el mérito de habernos presentado los misterios de la Grecia antigua bajo una forma muy llamativa, agrupándolos alrededor del *Fils du Silence*. Y éste no es menos sobre Pitágoras y el pitagorismo una síntesis que pocos universitarios, aun entre los más reputados filósofos, hubiesen sido capaces de escribir con el talento que lo hizo Han Ryner.

VI.— Los "Voyages de Psychodora" y las "Paraboles cyniques".—

Sin poseer más profundidad, los *Voyages de Psychodora* y las *Paraboles cyniques* tienen ciertamente una mayor originalidad.

En el primero no está solo el erudito y el poeta, el ingatigable escrutador del pensamiento antiguo, sino que está Han Ryner mismo que recorre con el disfraz de un discípulo de Epicteto el mundo y trae sobre el hombre y la humanidad toda una flora de ideas nuevas, curiosas, extrañas, que obligan al lector a reflexionar y a pensar. Mucho más rico en ideas personales es todavía el segundo. Por esta razón estos dos libros deben contarse entre los difíciles de analizar.

Estimo que Poinset da la nota justa cuando al hablar de las *Paraboles cyniques* escribe: "Este libro es de un sabio que nos dota definitivamente de un modelo de humanidad, este libro es de un artista que, plenamente, nos satisface; este libro es de un hombre que ha exprimido la vida para extraerle toda su significación y su alegría, de un hombre que ha traído de la exploración de las almas toda la psicología que ocultan, de un hombre que ocupa un puesto al lado de los más grandes por el valor de su pensamiento y la esplendidez de su verbo."

Si, en verdad, añadiré yo, hay pocos libros en la literatura contemporánea en que se remuevan tantas ideas en tan pocas palabras. Cada una de sus cincuenta y dos parábolas es un modelo de pureza antigua, de concisión y de claridad, y, ciertamente, lejos de excluir la profundidad del pensamiento, le confieren un relieve más atractivo y cautivador.

Leed por ejemplo el Jardinerío, para no citar más que esa, y os daréis cuenta de que es difícil trabajar con más arte una piedra preciosa, tallar en ella las mil facetas para reflejar todos los caprichos, todas las fantasías de un pensamiento que se renueva sin cesar y se refracta en colores tornasolados y múltiples como los rayos de oro del sol a través de un prisma.

Y ciertamente, según Poinset, el dulce, el modesto, el bueno, el profundo novelista que firmó Jacques Frehel, tuvo mu-

cha razón al escribir de las *Paraboles cyniques*: "Todo esto es demasiado bello, demasiado grande para aquellos a quienes satisface una literatura de bagatelas, para los que se alimentan del libro superficial, juguete de un día."

VII.— Contra Sócrates. —

Antes de hablar de los *Véritables entretiens de Socrate*, uno de los libros más señalados de Han Ryner, debo decir que comparto contra el ilustre sofista de Atenas toda la antipatía que le tienen con Augusto Comte, los más grandes entre los deterministas y los positivistas contemporáneos.

Para él, para su obra, para ese método subjetivo de que fué creador, por la influencia que adquirió ese método, gracias a él, sobre el pensamiento griego, por el encanto de que Platón envolvió su persona y sus palabras, no sólo fué como se ha dicho un partero de almas, si que también el provocador del aborto del verdadero método científico inaugurado antes por Tales y Anaximandro y que es el único que puede conducir a la verdad.

Físico y astrónomo, Tales que fundó la gran escuela jonia, predijo el eclipse del año 585 y concibió los dioses como simples aspectos de una fuerza motriz. Anaximandro, muchos siglos antes de Copérnico enseñó, que la tierra era redonda.

Estos dos grandes iniciadores de la ciencia en general, habían dejado ilustres discípulos tales como Empédocles, Anaxágoras, Demócrito, Hipócrates y otros que, por un esfuerzo milagroso de su potente cerebro, edificaron, sin la ayuda de la técnica más rudimentaria, sobre el universo, sobre el cosmos, síntesis de que los espíritus más precisos de nuestra época admiran aún la grandeza.

Del cerebro de Demócrito el primer determinista verdadero, salió la hipótesis del atomismo que domina y dirige a los químicos contemporáneos. La mirada penetrante de Empédocles entrevió la nada de la especie y el evolucionismo dos mil quinientos años antes de Lamarck y de Darwin. Hipócrates supo distinguir en el problema de la vida y de la forma la importancia de los factores externos como el agua, el aire, la habitación.

En pleno siglo XVIII, nuestra Academia de las ciencias consideraba los restos fósiles como juegos de la naturaleza, y Jenofonte de Colofón, el gran adversario del antropomorfismo griego, había reconocido su identidad y había deducido asombrosas conclusiones sobre la formación de la tierra.

Salvo quizás este último, un poco más antiguo, todos los demás de quienes acabo de citar los nombres eran contemporáneos de Sócrates y a pesar de algunas disidencias de la escuela eleática, levantaron, repito, sobre bases tan sólidas como lo permitía el conocimiento de aquella época un soberbio edificio científico que no pedía más que ser ampliado y consolidado por la experiencia y la reflexión, y del que estaba desterrado el nefasto dualismo de los sofistas y de los divagadores.

Es en la demolición de este edificio donde Sócrates empleó su dialéctica sutil y la fecundidad inagotable que le adjudicó Platón y lo que hace que Augusto Comte lo trate de charlatán grandilocuente.

Al hacer ésto, como observa con razón Andrés Lefèvre, — no el ministro de la guerra — Sócrates redujo la ciencia general, y con su *conditio* desvió el pensamiento hacia una parte que no se comprenderá si se le separa del todo.

Al hacer ésto, también nos ha dado durante veinte siglos las divagaciones platónicas, neoplatónicas, escolásticas, medievales con que se entenebrece aún el cerebro pretendidamente claro del señor Bergson.

Es, pues, bien cierto que el "charlatán grandilocuente" de Augusto Comte ha hecho al pensamiento humano un mal incalculable. Es por eso que yo no amo a Sócrates. Pero leyendo las páginas en que Han Ryner trató de hacer revivir su pensamiento desnaturalizado tan a menudo por los ignoros y los imbéciles, de darle el verdadero lenguaje que debió emplear con los atenienses, he admirado el esfuerzo realizado y mi rencor contra el hombre que vació tan valerosamente su copa de cicuta, se encontró atemperado.

Ahora bien, a pesar de lo que considero como "su error sobre Sócrates y el socratismo", mantengo lo que he dicho al comenzar ese estudio, que el helenismo, después del cristianismo, ha inspirado a Han Ryner las más bellas de sus obras, aquellas en que se refleja como en un espejo de una pureza, de una sinceridad impecables, con el pensamiento verdadero de Pitágoras, el de Epicteto, el de Zenon, el

de Cleanto, el de toda esa escuela estoica que honró a la antigüedad y de que el autor de las *Paraboles cyniques* es, entre nosotros, un representante incomprendido y desconocido.

En un próximo y último artículo estudiaré a Han Ryner como pacifista, como apóstol y como individualista libertario.

P. VIGNE D'OTON

MAX NETTLAU

La muerte de tres viejos anarquistas

Para LA PROTESTA

El invierno de 1922-23 abatió tres de los más viejos camaradas, de los cuales vale la pena transmitir la historia a la generación presente. Hombres de países distintos y de naturaleza y de carácter diversos, abrazaron el socialismo desde su juventud y fueron de aquellos para quienes instintivamente socialismo y libertad eran indisolubles, y para quienes socialismo y autoridad no eran más que contradicciones sangrientas; esto quiere decir que su socialismo fué libertario, anarquista y que permanecieron fieles a él durante los largos años de su vida, — desde el período del año 1840 o 1850 hasta nuestros días. Y los tres han tenido una vida dura, erizada de problemas, siempre al borde de la miseria y después de una vejez cada vez más implacable, que les exigía esfuerzos para ganar la vida más frugal hasta el último momento, han muerto todos en el hospital, no completamente aislados, pero rodeados de camaradas que no pudieron darles un socorro efectivo. Según pienso, han obrado como debían obrar: los hombres dedicados al pueblo trabajador y estuvieron contentos con su suerte; no tuvieronvidia del destino de tantos de sus camaradas de juventud y de generaciones más recientes, que eligieron por oficio el hacerse elegir por el mismo pueblo a los parlamentos, el convertirse en ministros, o en otras palabras, en aprovechadores de ese rico campo de explotación que presenta el socialismo profesional de los arribistas obreros.

Honor, pues, a su memoria, y examinemos un poco su carrera, puesto que tuve la satisfacción de conocerlos a los tres desde hace largos años. Vale más aquí mostrar el medio en que actuaron y su género de acción que acumular detalles biográficos; así daremos una pequeña contribución a los años de juventud de la anarquía, período cuyas dificultades, que fueron no obstante vencidas, animarán a los jóvenes de la época actual.

FRANK KITZ

Nació en Londres hacia el 1848 de una madre inglesa y de un padre alemán; pasó sus primeros tiempos como verdadero Gavroche de Londres sumido en la miseria y en una vida irregular y precaria. Ha descrito esa triste juventud en sus recuerdos, impresos en otro tiempo en el periódico anarquista *Freedom* de Londres. Se sentía proletario, desheredado de la sociedad, pero también rebelde. No se sumergió, quebrantado por la miseria y deshecho en la servilidad, ni se adaptó a la vulgaridad como tantos otros cuyas facultades no llegan jamás a un florecimiento en una situación semejante a la del paria. El ambiente que removía las agitaciones sindicalistas y socialistas de la vieja Internacional lo atrajo, lo mismo que el mundo numeroso de los refugiados y emigrados extranjeros, sobre todo alemanes y franceses, localizados en ciertos distritos centrales de Londres. Había allí aún restos raros de los movimientos de Robert Owen, de Bronterre, O'Brien, de los chartistas, etc., e hizo su educación en ese medio socialista muy diferenciado y luego aumentado y rejuvenecido por los refugiados de la Comuna de París que traían las impresiones recientes de una verdadera revolución de tendencias fuertemente sociales y antiestatistas.

Sin embargo, a pesar de esta acumulación de elementos socialistas muy pro-

nunciados, hubo en Inglaterra como en toda partes en los años que siguieron a la derrota de la Comuna de París, una enorme declinación del movimiento socialista organizado, la desaparición de la Internacional y durante ciertos años de toda propaganda pública también, y el pobre Frank Kitz, proletario aislado, no podía llevar solo el remedio a ese estado de cosas, como no lo podía ningún otro tampoco. Llegó a convertirse en tintorero y se emancipó del patronato, a su modo. Creo que andando los años dijo su negocio en el lenguaje popular robusto que le era propio a casi todos los patrones tintoreros de Londres, que palidecían al verlo. Pero él procedía a su modo, iba de puerta en puerta a comprar por una nimiedad guantes usados y artículos de lana por el estilo, sometía todo eso a sus procedimientos de tintorero y vendía esa mercancía en todos los barrios de Londres. Se creó así una independencia absoluta que tocaba materialmente siempre en la miseria. Tal fué su vida y sobre esa base se hizo el propagandista ardiente del socialismo revolucionario que para él y sus camaradas era idéntico a la anarquía desde el primer instante; por eso adoptaron pronto el nombre de anarquistas.

Esto era hacia 1879, 1880 y 1881. No había entonces, por decirlo así, ninguna propaganda socialista en Inglaterra. Los socialistas extranjeros habían formado un club internacional, en Rose Street, Soho, donde algunos ingleses se reunieron en sección inglesa. Los socialistas alemanes, perseguidos entonces en su país por la ley antisocialista de octubre de 1878, que estuvo en vigor doce años, recibieron mucho apoyo para la propaganda netamente revolucionaria iniciada por John Most en *Freiheit*, semanario de Londres, propaganda que adquirió una intensidad y un carácter revolucionario, anarquista desde 1881, siempre mayor. En ese medio, las ideas de Frank Kitz se delinearon más claramente; fué uno de los amigos más íntimos del camarada Neve, alemán, que hacía la expedición de *Freiheit*, el modelo de un hombre abnegado y el verdadero centro del anarquismo revolucionario de esos años. Había allí algunos otros ingleses, entre ellos Joseph Lane fué el más notable, hombre muy inteligente y abnegado que había llegado entonces al anarquismo por otros caminos, por los de un radicalismo serio y que había tenido el valor de llevar a sus últimas consecuencias; más tarde resumió sus ideas en un folleto "An Antistatist Communist Manifest" (1887), una exposición independiente de las ideas anarquistas, la primera en su género en Inglaterra.

Lane, Kitz y un puñado de otros, todos pobres obreros, formaban un pequeño grupo que supo desplegar una actividad tan grande que el público suponía la existencia de un movimiento organizado, pero casi todo era debido a la iniciativa y a la dedicación de estos pocos hombres que actuaban en su medio y en ellos mismos y a los cuales se llamó pronto el "comité revolucionario secreto". Se procuraron una pequeña prensa a mano, papel, algunos tipógrafos les ayudaban y salió de ella una gran cantidad de pequeños volantes, manifiestos que exponían el socialismo en general o trataban las cuestiones del día desde el punto de vista revolucionario. Casi todas las noches y durante el domingo, se organizaban reuniones al aire libre, en pequeñas plazas en los barrios populares — por esos mismos hombres y esa literatura anónima en pequeños volantes era profusamente distri-

buida. En una ocasión, cuando los pobres colonos de una isla escocesa, *the Skye crofters*, se resistieron en fin a los grandes propietarios que los explotaban de un modo insostenible, y cuando la atención de todo el país se concentró en esa isla, ese pequeño grupo de Londres supo producir una publicación que circuló repentinamente entre los colonos y cuyo origen fué un enigma para todo el mundo. Así, esos pocos hombres, estrechamente unidos entre sí, supieron crear de la nada, con sus propios medios, el socialismo y el anarquismo ingleses presentes, hecho raramente admitido y poco conocido, pero que los materiales existentes y uno o dos supervivientes permitirían relatar en detalle.

No fué sino uno o dos años más tarde cuando el socialismo inglés se constituyó también sobre otras bases. La cuestión agraria y política irlandesa se hizo muy aguda entonces y el ministerio liberal de Gladstone, encarnizándose contra el partido de Parnell que exigía el *Homo Rule* se alienó las simpatías de muchos radicales, que abrieron entonces también los ojos sobre la cuestión: agraria, sobre el monopolio terrible de los propietarios de la tierra, y la gira de conferencias de Henri Georges, las ideas de su libro *Progreso y miseria*, las ideas de Miguel Davitt también, el fundador de la *National Land League*, del único irlandés de esos tiempos, antiguo obrero de fábrica, que proponía ideas socialistas, aunque no socialistas, — todo eso creó un medio favorable para la aceptación del socialismo, que fué proclamado francamente entonces por algunos hombres de valor diverso y aceptado con entusiasmo por muchos jóvenes o por hombres hasta entonces conquistados por el radicalismo burgués, por los miembros de los numerosos clubes obreros radicales, etc.

Esta renovación socialista tuvo por inspiradores intelectuales de una parte a ciertos marxistas aislados, como H. M. Hyndmann y E. Belfort Bax, de otra a hombres de ideas amplias, generosas y humanitarias, y de talento artístico y literario generalmente reconocido, como W. Morris, el gran poeta y reformador de las artes decorativas en Inglaterra, Edwar Carpenter, que vive aún, Walter Crane, el famoso dibujante, y algunos de sus amigos. Todos trabajaban juntos en la *Democratic Federation*, que se llamó pronto *Social Democratic Federation*. Así el grupo revolucionario de Joseph Lane, Kitz, S. Mainwaring y otros entró en esa organización y según su ejemplo comienzase una vasta propaganda popular en que obreros como John E. Williams, John Burns, el futuro ministro, y tantos otros se distinguían por su verbo infatigable al hablar directamente del socialismo al pueblo en los innumerables mítines, en las esquinas de las calles, en los parques, etc. A esa organización, cuando se estableció, se unieron los marxistas ortodoxos, como Eleanor Marx Avelin, la hija segunda de Marx y su esposa, el viejo F. Lessner, uno de los más antiguos comunistas alemanes, militante desde el año 1840, Andrews Schee, socialista vicés, orador distinguido, que luego vivió en Escocia, un hombre de temperamento revolucionario pero dominado por el autoritarismo y amigo de los blanquistas. Y al lado de muchos jóvenes, los viejos de los antiguos grupos, chartistas y demás, a menudo más entusiastas que los jóvenes, animaban esta organización. Pero los tradunionistas ortodoxos, los políticos se abstuvieron; hacía falta verdadero idealismo para participar en ese trabajo de crear de la nada, por decirlo así, un movimiento socialista, y los hombres "prácticos" no tenían esa fe.

Hasta en la organización, la acción política, el parlamentarismo, el reformismo tenían un influjo sobre muchos y se produjo una separación en octubre de 1884 cuando el partido antiparlamentario abandonó la sociedad y constituyó la *Socialist League*. Esa acción decisiva fué fuertemente activada por el grupo de Lane y Kitz, los adherentes al socialismo integral libertario de William Morris formaban la gran masa en la nueva sociedad, y, cosa curiosa, pero que detalles contemporáneos que sería largo explicar hacen comprender, también los marxistas ortodoxos tomaron parte en esa división y firmaron como los demás la declaración antiparlamentaria, el manifiesto *To Socialists*, que inauguró la *League*, cuyo or-

gano fué pronto el *Commonweal* (febrero de 1885 al 4 de sep. de 1892). Los marxistas habían firmado esa declaración con la reserva mental de que juzgaban impracticable el parlamentarismo en ese momento, pero que no entendían por eso la renuncia completa a él y la aceptación franca de la vía revolucionaria. Se ve que la *Socialist League* estaba desde su principio recargada de falsos amigos muy insinuantes, que soñaban con hacer de ella la alfombra del marxismo, que no había podido nunca levantarse en Inglaterra en su forma ortodoxa. El partido de William Morris, se puede decirlo sin querer expresar una vituperación, al contrario, — demasiado novicio en el socialismo para contrarrestar las maquinaciones marxistas, pero también demasiado abierto de espíritu, demasiado generoso para aperebirse solamente, no fué nunca afectado de veras y no se preocupó seriamente de desembarazarse de ellas y las intrigas tomaron algún desenvolvimiento. Fueron todavía los hombres del primer grupo revolucionario y sus camaradas más jóvenes puramente anarquistas (Fred Charles fué el más notable) quienes veían, descubrían las intrigas y por fin, en la primavera de 1888, los marxistas, una pequeña minoría, viendo perdido su juego, abandonaron la *League*. Desde entonces las ideas anarquistas fueron aceptadas por la mayoría de los miembros y expresadas en la propaganda siempre muy activa por una especie de evolución natural, sin esfuerzo especial: eran socialistas y no podían concebir el socialismo sino en su forma libertaria; no valdría la pena demoler el antiguo sistema, expulsar a los patronos actuales, para crear un sistema autoritario en que los elegidos, los jefes de una burocracia socialista cualquiera, serían pronto los nuevos amos. En una palabra, la idea de que el socialismo será anarquista o no será se presentó naturalmente a los verdaderos socialistas de ese movimiento, y las conferencias de Kropotkin, dadas en la Liga en el verano de 1888 dieron a los miembros una confirmación oportuna e interesante de sus ideas, pues no había necesidad de suscitadas, de hacerlas nacer. Fred Charles era ese verano, 1888, el secretario de la Liga, y lo inspiraba todo con su ímpetu generoso; este es el mismo camarada a quien un complot de provocación policial, a consecuencia del proceso de los anarquistas de Wallsall en 1892, hizo pasar siete años en presidio. Después de él, Frank Kitz hizo de secretario hasta 1890.

No haré el elogio de Kitz como secretario, lejos de eso. Este ferviente partidario de la propaganda popular, a menudo contra los más grandes obstáculos, este enemigo de los papelotes, en un secretariado ¡qué ironía! Cuando la Liga cambió de local en 1889, Kitz creyó que era lo más práctico romper las cartas y documentos acumulados desde 1884, al menos los que se referían hasta 1888, para enviarlos en una enorme bolsa al mercado de papel viejo. Yo pasé por la oficina en el último momento y adquirí esa bolsa y de tal modo esa masa de documentos sobre la juventud del movimiento persiste aún. En 1890, en otra liquidación yo no estaba en Londres y esa vez Kitz estuvo más seguro y quemó todo el resto de los papeles. Su verdadero puesto estaba entre el pueblo, en esos mítines tempestuosos en que se mantenía como un muro contra los adversarios, muy frecuentemente aumentados con los provocadores. Era la antítesis directa de la "respetabilidad" inglesa; proclamó altamente la solidaridad con las víctimas más humildes y más cruelmente oprimidas por el sistema capitalista. Cuando un socialista de salón, un fabiano cualquiera (miembro de la Fabian Society) había hablado en favor de un socialismo gubernamental que impondría una burocracia benevolente y leyes sabias, pasando solo con el dedo enguantado sobre las llagas de la sociedad, entonces había que ver a Frank Kitz, que describía la miseria de Londres tal como la conocía desde su nacimiento y que acababa según su costumbre con observaciones sobre las clases llamadas criminales a quienes todos, también los socialistas respetables, ponían fuera de la sociedad, pero que son víctimas de la sociedad como todos nosotros. Así, los moderados, los filisteos, los respetables del socialismo tuvieron siempre horror a Frank Kitz.

En los años 1888-90 se dió cuenta evidente poco a poco que no estaba en la naturaleza de William Morris el aceptar todos los medios de acción de los anarquistas. Habría sido revolucionario en una revolución, pero en el periodo preparatorio se limitó a ser propagandista y, según sus facultades y su inclinación, creador en su esfera de nuevas expresiones de sus ideas en arte aplicado, etc., y no un rebelde anarquista. Dió al *Commonweal* la primera impresión de su utopía libertaria tan conocida después y traducida *News from Nowhere* (Noticias de ninguna parte) que fué publicada de enero a octubre de 1890. Pero cedió el paso a los anarquistas de la *League* en ese periodo cuando se generalizaron estas ideas y él y H. H. Sparling fueron reemplazados en 1890 por Kitz y D. J. Nicoll. En el otoño de 1890 se separó completamente y el grupo local de Morris se llamó en lo sucesivo *The Hammersmith Socialist Society*, mientras que la *League* se transformó en grupos anarquistas, de los que uno, el *Commonweal Group*, continuó el periódico que, después de una interrupción, tuvo una nueva serie de mayo a octubre de 1894.

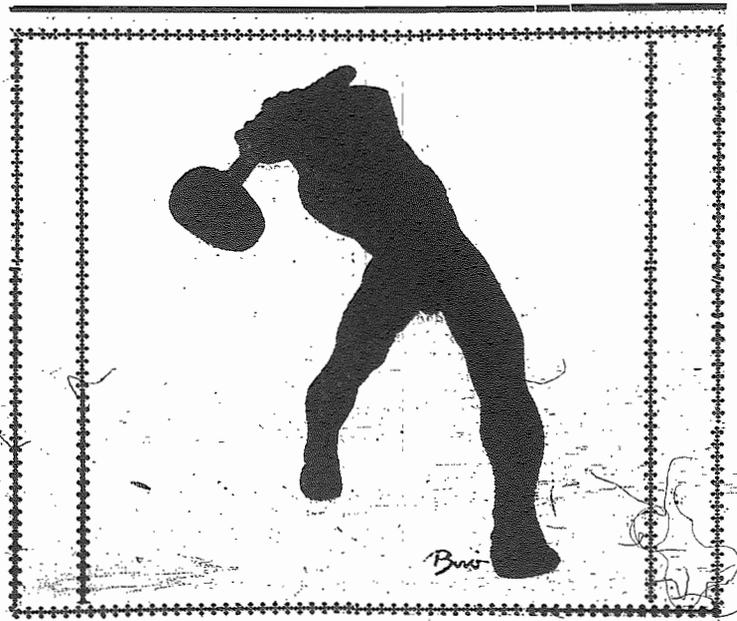
En ese medio, descrito hasta 1890 en las páginas anteriores, y después en el de la propaganda anarquista inglesa en general, transcurrió la vida del propagandista de la primera época de quien hablo aquí. Hubo en él pocos incidentes, salvo los mil detalles de una vida que estuvo siempre en contacto con el verdadero pueblo. En 1881 John Most fué arrestado a causa de un artículo en su *Freiheit*, en que expresaba su satisfacción por la desaparición de Alejandro II, el zar, por las bombas de los nihilistas; fué condenado a 18 meses de dura prisión. Entonces Kitz, con algunos obreros ingleses, hizo aparecer como un desafío a esa persecución un periódico *Freiheit* (*Freedom*) en inglés (de abril a junio de 1881), retando al gobierno a que persiguiera a los ingleses solidarios de Most, el extranjero alemán. Participó en el Congreso internacional revolucionario reunido en el verano de 1881 en Londres, donde conoció a Kropotkin, a Malatesta y a muchos otros. Fué con los demás delegados de la *Socialist League* al congreso internacional socialista de París, en junio de 1889, pero ese congreso hizo decaer las ilusiones de los socialistas verdaderos, que no vieron allí más que un conclave de políticos socialistas, salvo pocas excepciones, impotentes para cambiar la fisonomía del congreso. Cuando al fin uno de los anarquistas que querían hacer oír una palabra libre, F. S. Merlino, fué insultado, los delegados de la Liga y un camarada italiano abandonaron el congreso disgustados y expresaron su opinión en una protesta que se encuentra en *La Révolte* de París; luego fuimos (yo estaba allí también) todos al Bois de Boulogne, a los lagos, y pasamos un medio día delicioso en la bella naturaleza. Fué el primer viaje de Kitz fuera de su país y creo que también el último. Salió de Londres cargado de li-

teratura, que sembraba en el camino. El barco desapareció y pasó la noche entre los maquinistas, foguistas y marineros a quienes predió la buena palabra del socialismo y de la revuelta. El capitán hubiera hecho meter en la barra de haber sido más largo el viaje y tenía ganas de entregarlo a los gendarmes franceses una palabra de William Morris puso fin a esa aventura; dijo al capitán que Kitz era de sus amigos y que compartía enteramente sus ideas socialistas y su indignación sobre la vida infernal que hacían los trabajadores del mar en los barcos.

Durante unos cincuenta años proxima mente que pasó en contacto con la propaganda popular, ha visto los orígenes de la carrera socialista de casi todos los que en Londres, más o menos pronto, iniciaron o simuladamente, por etapas, traicionaron y desertaron del socialismo, es decir que hicieron de él una alfombra para su carrera personal. Su número por desgracia es infinitamente más vasto que el de los que, como este camarada muerto, han rechazado todas las seducciones de elevarse sobre las espaldas de otros y de convertirse en intermediarios entre explotados y explotadores, esa nueva clase que trafica sobre la suerte de los explotados con los explotadores y que se encuentra tan a gusto que hace lo imposible para que persista ese estado de cosas aprovechable y para desviar la revolución social. Frank Kitz despreciaba ese mundo que se horrorizaba ante un hombre tan poco "respetable" y que sin embargo conocía a fondo su humilde origen, su entusiasmo desde hacía mucho evaporado y sus compromisos y traiciones sucesivas. Pero había allí pocos como él, y la multitud presta aún oído a los charlatanes. En fin, hizo siempre lo que pudo. Habitó casi siempre en algunos distritos del sur de Londres, en Mitcham o en Merton y allí era una figura legendaria. El oficio que desempeñaba rendía cada vez menos y la vida al aire libre, en las calles, las caminatas, minaron su salud en los últimos años y llegó a una pobreza terrible, se vió destrozado, débil y gastado. Se mantuvo sin embargo hasta el fin, y un último frío lo llevó al hospital, donde murió. Podría decir que había puesto las manos en la masa para hacer nacer el moderno socialismo inglés, que hizo todo lo que pudo para imprimirle una dirección anarquista y revolucionaria, que quedó fiel a sus ideas, que no se ha doblegado ante nadie y que ha muerto tan pobre, tan honrado, tan libre como había nacido.

La memoria de este bravo camarada y de sus otros viejos compañeros de la primera hora, Joseph Lane, Sam Mainwaring y otros, merece ser conservada.

Max Nettlau
Mayo 1923.



ANO II
I
Pre
U. Telef
Sobre
anar
A título
los compa
las "proci
nuestros
propagan
arquismo,
l'antiamie
bertaire"
de junio:
Para el
El Co
Unión A
la carta
Holanda,
nimidad
congreso
mas haci
pueda sa
anarquis
de posit
nuestra
El Co
septiem
tira a l
tes prej
cuestion
nicarlas
y publi
quistas
Reco
tada en
1º—
de los
2º—
frente
3º—
ción;
4º—
frente
5º—
6º—
7º—
cial. V
ra y l
8º—
Los
do pr
día le
mos p
form
Per
terés
que c
sobre
orden
La
quist
infor
sind
"1"
conc
"Lo
L
gar
agri
"1"
riar
ción